

La aventura de don Quijote en la escuela

Juan José Lage Fernández*

«Un libro le aburre, déjelo. O el libro no está a su altura, o usted no está todavía a la altura del libro».

(J. L. Borges).

Como casi todo el mundo sabe, el 2005 es el año del *Quijote* pues se da la coincidencia de los 400 años de su primera edición. También coinciden —aunque ya no todo el mundo lo sabe— los doscientos años del nacimiento de Hans Christian Andersen, el inmortal autor de cuentos tan universales como *El patito feo*, o los cien años de la muerte de Jules Verne, además de los 50 años de la muerte de Albert Einstein, el de la teoría de la relatividad.

Es por ello un año muy intelectual y muy literario, declarado oficialmente Año de la Lectura y del Libro, en el que los eventos conmemorativos se prodigarán por todos los rincones y en el que, sin duda, todo el personal presumirá de ser un voraz lector y un experto conocedor de los entresijos tanto de la obra cervantina como de la de los otros autores.

Versiones, adaptaciones, recreaciones del clásico

Lo que aquí reclama nuestra atención es la vuelta del *Quijote* a las escuelas —ya en 1928 Ortega y Gasset se oponía a una Real Orden que lo impuso como lectura obligatoria—, la proliferación de

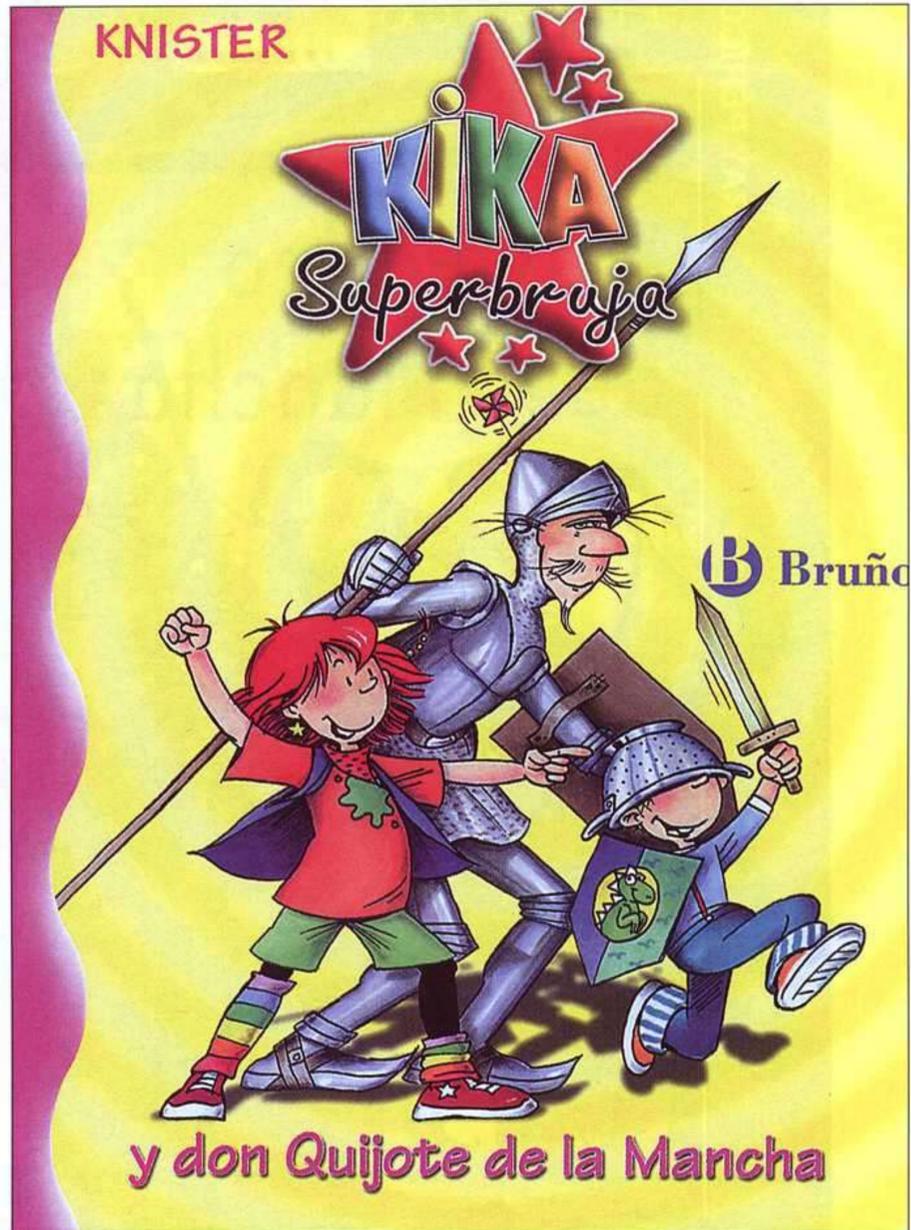
BIRGIT RIEGER, KIKA SUPERBRUJA Y DON QUIJOTE DE LA MANCHA, BRUÑO, 2004.



En este Año del Quijote, el autor aprovecha para hablar de la lectura del clásico en la escuela y para analizar la gran cantidad de adaptaciones y recreaciones de la obra de Cervantes que están «colonizando» actualmente el mercado.



ANTONIO TELLO, FRAY PERICO DE LA MANCHA, SM, 2005.



versiones para lectura de escolares y la pertinaz manía de su recomendación en las aulas como lectura de cabecera, lo que nos impulsa a hacernos algunas preguntas: ¿es *Don Quijote* lectura adecuada para escolares?, ¿se puede sugerir o imponer como lectura un texto que no han leído el noventa por ciento de los españoles, lo que significa el noventa por ciento de quienes lo recomiendan?, ¿es lícito recomendar un libro sólo por el mero hecho de que se celebre su aniversario, de que se ponga de moda, pasando después al olvido más absoluto?; ¿o que lo impongan o santifiquen quienes nunca se han caracterizado por su defensa de los lectores y precisamente no tienen la lectura como bandera diaria?; ¿es útil para fomentar hábitos lectores entre los jóvenes?

Lo primero que nos sorprende es la proliferación de diferentes versiones que lanzan las editoriales, con un afán evidente de copar mercado. Versiones que clasificamos en tres grandes apartados:

— Adaptaciones bajo dos modalidades: supresión de las partes o capítulos más engorrosos, o nuevas reescrituras intentando su actualización.

— Recreaciones, a partir de un personaje o un suceso tomado como referente (la historia de Brandabarbarán de Boliche, personaje del *Quijote* que aparece brevemente en el capítulo XVIII, escrita por Ramón García Domínguez...)

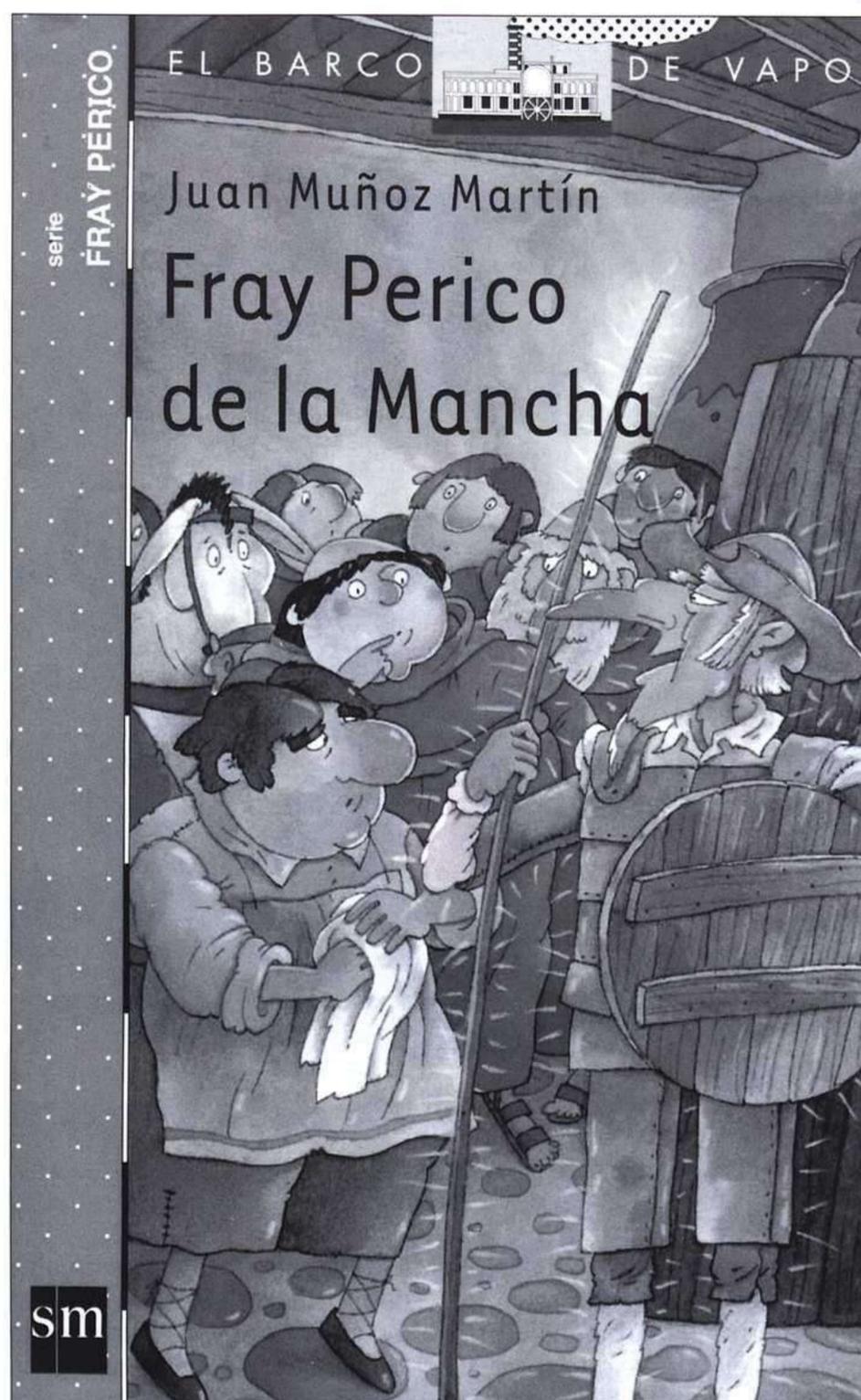
— Inclusiones del personaje quijotesco en otros argumentos o tramas (*Kika Superbruja y don Quijote, Fray Perico y su borrico y el Quijote...*)

De todas estas revisiones actuales y oportunistas, son las llamadas adaptaciones las que me parecen más deleznales. Antonio Muñoz Molina se mete con los partidarios del «Cervantes light» con estos argumentos: «Entre las potestades del lector, está siempre la de dejar un libro que no le gusta o saltarse un capítulo que le aburre y también la de disentir de las opiniones del autor o de sus personajes. Es el lector quien abrevia los libros, quien los prolonga en su imaginación, quien los corrige en su memoria o en su olvido y los escribe de nuevo en su relectura».

Para el profesor y escritor francés Daniel Pennac, las adaptaciones de una obra de arte son algo así «como ponerse a dibujar de nuevo el Guernica bajo el pre-

texto de que Picasso metió allí demasiados brochazos para un ojo infantil». Y como anteriormente Muñoz Molina, delega la facultad de adaptar en el propio lector, no en persona ajena al texto: tienen ganas de leer *Moby Dick* pero se desaniman ante las disquisiciones de Melville sobre el material y las técnicas de caza de la ballena, no es preciso que renuncien a su lectura, sino que se las salten.

Es decir: ¿quién es quién para cercenar una obra de arte con la disculpa de acercarla a los lectores? ¿Qué opinaría Cervantes de estas expurgaciones forzadas? (ya conocemos el enfado del autor al enterarse de la aparición de una segunda parte apócrifa). ¿Son capaces esas reescrituras de respetar al menos el espíritu, ya que no se respeta la letra? ¿Con qué criterio se hacen? Es cierto que nuestro *Quijote* contiene momentos de gran humor que despertarán sin duda la sonrisa abierta de cualquier joven, que es un libro eternamente actual y que su estructura está formada por varias novelas intercaladas que se pueden leer independientemente, pero como refiere Paul Hazard, «Cervantes cargó a sus personajes con un peso excesivo de sentimien-



tos, con demasiadas ideas difíciles de comprender; era toda la experiencia de una larga vida, toda la sabiduría de un hombre que había leído mucho y frecuentado aún más la humanidad... Verdades que no penetran fácilmente en los tiernos cerebros».

Porque puestos a plantear preguntas y en la tesitura de animar a leer: ¿por qué no se pone tanto empeño en promocionar los libros de Verne o de Andersen? ¿No son estos más recomendables para la juventud? Baste recordar que tanto los cuentos de Andersen como las novelas de Verne no fueron escritas pensando en los niños, pero fueron rápidamente «adoptadas» por éstos de una manera espontánea y natural y esta adopción permaneció a lo largo de los siglos.

Otra cosa son las versiones que llamamos «recreaciones o inclusiones libres». Me parecen más honestas. Éstas no son

una intromisión en el personaje cervantino, aquí no se han metido las «grandes tijeras de la imbecilidad», que decía mi admirado Pennac, sino que pueden ser páginas creativas con momentos de gran originalidad dependiendo de la capacidad del escritor y que pueden deparar la oportunidad de conducir al gran libro, insinuándolo entre líneas, aunque en ocasiones el personaje, metido en otro mundo que no es el suyo, resulta demasiado esperpéntico y se le «infantiliza» demasiado, lo que a mi juicio, no es positivo para ganarse a medio plazo lectores de la novela.

Darlo a conocer, sin imponerlo

Vistos todos estos argumentos, la pregunta clave es: ¿cómo se debe entonces proceder? ¿Cuál es la metodología ade-

cuada? Es cierto que no hay soluciones fáciles, que el camino para consolidar hábitos lectores está lleno de obstáculos y que, en ocasiones, no hay ni siquiera un camino trazado y que la afición lectora surge por una serie de inescrutables circunstancias (incluso, paradojas de la vida, por verse forzados a leer el *Quijote*). Esto de la animación a la lectura no es una ciencia exacta.

Pero dicho esto, lo que en primer lugar se debe hacer es educar, sin prisas pero sin pausas, la sensibilidad literaria desde la más tierna infancia, sin descuidarla, año por año y curso por curso, para que la lectura no se convierta en un acontecimiento extraño, extraordinario y anual.

Y para ello, la mejor medicina es extender el conocimiento de los buenos libros infantiles, de la buena literatura infantil o juvenil, que la hay, contarles buenas historias, rodearlos de imaginación, mostrarles donde están las buenas lecturas. E incluso, como piensa Gustav Steiner, educar la sensibilidad significa también acostumbrar a nuestros jóvenes a momentos de silencio, al orden, al reposo y a la disciplina.

Una vez puestos estos cimientos, el camino estará más o menos labrado. Sólo queda dar prioridad a la lectura placentera, darles la oportunidad de leer y de elegir, declarar a la lectura patrimonio común de los escolares. Del borrico de fray Perico, si así actuamos, pronto pasaran al burro de Sancho Panza. Dejarles el *Quijote* a mano, hablarles de él con convicción, darles a oler la orgía de lectura que se esconde tras sus páginas, para que después hagan con él lo que quieran. Incluso depararles la oportunidad de hojearlo o de no leerlo.

No sea el caso que el exceso de celo produzca los efectos contrarios a los que nos proponemos: «La sombra del *Quijote* —dice Ana María Matute— planeaba sobre nuestras vidas de escolares incipientes como una amenaza. Para decirlo claramente: nos lo hicieron odiar».

En fin: un *Quijote* en verso, otro expurgado, otro extrapolado, otro adaptado, otro modernizado. ¿Qué queda del verdadero *Quijote*? ■

* Juan José Lage Fernández es maestro, especialista en literatura infantil y juvenil y director de la revista *Platero*.